

ALGUNOS PROCEDIMIENTOS ADOPTADOS POR SAHAGÚN EN LA DEFINICIÓN DE OBJETOS Y CONCEPTOS DEL MUNDO NÁHUATL

PILAR MÁYNEZ VIDAL

Uno de los fenómenos más interesantes del español de América es el tocante a la infiltración léxica indígena en el castellano. El tema resulta atractivo desde dos perspectivas diferentes pero complementarias. Lingüísticamente abre la posibilidad de un análisis morfológico y etimológico de los términos indígenas, así como de los procedimientos sintácticos y semánticos adoptados para la definición castellana de ellos; etnohistóricamente cada vocablo indígena que se introduce viene a ser el testimonio de una realidad específica del mundo prehispánico; es la expresión de una categorización diferente del universo.¹

El presente trabajo pretende mostrar, con este doble enfoque, un caso concreto de infiltración léxica náhuatl en el español del siglo xvi. Para ello se eligió como fuente el *Códice Florentino* de fray Bernardino de Sahagún y sus informantes ya que, como sostiene el padre Ángel María Garibay:

Sahagún, con Durán y Bernal Díaz son los testimonios más seguros para conocer cómo era el castellano de México al día siguiente de la Conquista. En todos tres pero principalmente en los dos primeros, se advierte ya esa introducción de vocablos de la lengua de los vencidos en la trama de oro de los vencedores. Allí podemos espigar los primeros nahuatlismos, perdurantes algunos hasta la fecha. Pero por ser Sahagún el más abundante y variado, natural es que contenga mayor cantidad de tales elementos.²

¹ John Lyons sostiene que "toda lengua se integra a la cultura en que opera, por lo que su estructura léxica (y al menos en parte su estructura gramatical) refleja las distinciones que son (o han sido) importantes en la cultura respectiva. *La semántica*, Barcelona, Editorial Teide, 1980, p. 234.

² Ángel María Garibay, prólogo a fray Bernardino de Sahagún en *Historia general de las cosas de Nueva España*, 4 v., México, Editorial Porrúa, 1956, t. 1, p. 20.

Sin duda alguna, los vocablos nahuas que fueron insertándose en la versión castellana del *Florentino* son, por lo general, denominaciones imprescindibles de objetos y realidades propias del Nuevo Mundo. En este sentido, el propio Sahagún explica:

Es esta obra como una red barredera para sacar a la luz todos los vocablos de esta lengua con sus propias y metafóricas significaciones, y todas sus maneras de hablar, y las más de sus antiguallas buenas y malas; es para redimir mil canas, porque con harto menos trabajo de lo que aquí me cuesta, podrán los que quisieren saber en poco tiempo muchas de sus antiguallas y todo el lenguaje de esta gente mexicana.³

A continuación se presenta, desde cinco perspectivas diferentes, una somera referencia sobre la infiltración de los préstamos nahuas en el español del siglo xvi y los recursos sintácticos y semánticos empleados por Sahagún para la explicación de las diversas realidades indígenas.

Recursos morfosintácticos adoptados por Sahagún en las definiciones castellanas de los préstamos nahuas

Uno de los procedimientos sintácticos más frecuentes utilizados por fray Bernardino, como apunta Miguel León-Portilla,⁴ consiste en establecer relaciones de comparación entre los términos indígenas y los occidentales a fin de explicar la naturaleza de los primeros. De esta manera, las definiciones castellanas sobre las diferentes realidades que conforman el universo mexica se presentan en relación de correspondencia. El empleo del adverbio *como*, del verbo copulativo *ser*, más su atributo, y de construcciones de relativo que modifican un núcleo antecedente, son los procedimientos sintácticos más comunes para dar idea de correlación entre los elementos. De este modo tenemos, que el *mexicatl teohuatzin* era *como* patriarca⁵ y que el *tlamacazton* era *como* acólito.⁶ Las construcciones adverbiales comparativas —como patriarca y como acólito— expresan una relación de equivalencia con el término inicial.

³ Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. 1, p. 28-29.

⁴ Cf. Miguel León-Portilla, "Translating the Amerindians Texts", *Latin American Indian Texts*, p. 104.

⁵ Fray Bernardino de Sahagún, *Códice Florentino*, México, editado por el Gobierno de la República, Apéndice lib. 2, fol. 127, p. 181 anv.

⁶ *Ibid.*, Lib. 3, fol. 40, p. 241 anv.

La oración copulativa funciona también en este texto como forma gramatical de predicación y comparación. En los enunciados “la diosa *Chicomecóatl* es otra diosa Ceres”⁷ y “*Huitzilopochtli* fue otro Hércules”,⁸ el atributo introducido comúnmente por los adjetivos otro, otra(s) expresan la cualidad o característica del sujeto que se une semánticamente a la predicación mediante el verbo *ser*.

Asimismo son frecuentes las construcciones de relativo en las que se modifica a un sustantivo antecedente que funciona, a su vez, como elemento nuclear o primario de comparación: “Los *calpullis* que eran como iglesias”⁹ o “el *cuauhtepoztli* que es como alcornoque”.¹⁰

En las tres clases de sintagmas el orden de los elementos generalmente es el mismo: primero aparece el término nahua o el nahuatlismo, después el verbo copulativo *ser* que lo enlaza en forma comparativa o atributiva con su posible equivalente hispano.¹¹

Otros dos elementos gramaticales funcionan también en el *Florentino* como indicadores de equivalencia: el adjetivo *semejante* y el verbo *parece*; ambos señalan una correspondencia entre el vocablo náhuatl y el hispano.

Sahagún también estableció relaciones entre elementos de la propia cultura mexicana. De este modo es común encontrar comparaciones entre dos o más conceptos u objetos indígenas:

Hay otra manera de hormigas, que llaman *cuauhazcatl* que quiere decir hormigas que se crían en los árboles; son casi semejantes a las que llaman *tlatlauhqui azcatl*.¹²

Otro animal de esta especie hay en esta tierra que llaman *cuiltlachcoyotl* y tiene las mismas condiciones arriba dichas —se refiere al coyote— salvo, que en el pelo es semejante al oso o *cuetlachtli*.¹³

La voz nahua que aparece en la versión castellana del texto es definida o caracterizada mediante la confrontación con otro elemento de la misma cultura. Esta clase de equivalencia se observa frecuentemente en los campos relativos a la flora, la fauna, y la alimentación.

⁷ *Ibid.*, Lib. 1, fol. 3, p. 15 anv.

⁸ *Ibid.*, Lib. 1, fol. 1, p. 13 anv.

⁹ *Ibid.*, Lib. 2, fol. 120, p. 174 anv.

¹⁰ *Ibid.*, Lib. 1, fol. 97, p. 99 rev.

¹¹ En ocasiones, puede presentarse también el elemento hispano, sus características o propiedades y su equivalente indígena, por ejemplo: “Las niguas, que nacen en las espadañas, que en esta lengua se llaman cualoti”. Lib. 10, fol. 106, p. 108 anv.

¹² Sahagún, *op. cit.*, Lib. 11, fol. 95, p. 247 anv.

¹³ *Ibid.*, Lib. 11, fol. 9, p. 163 anv.

A pesar de que las comparaciones, por lo general, resultan claras e ilustrativas, en ocasiones fray Bernardino no logró precisar una correspondencia conceptual entre los términos. En este sentido, se puede advertir cierta vacilación en la explicación de algunos vocablos; por ejemplo, al referirse al *cuetlachtli* comenta "es oso y si no es oso no sé a qué animal se compare".¹⁴ Sin embargo, no se debe olvidar que la adopción de vocablos indígenas y la explicación de ellos supuso, por parte de los españoles, un enorme esfuerzo lingüístico-conceptual.

Otro de los procedimientos lexicológicos adoptados por el fraile consistió en partir de un análisis morfológico del vocablo, lo que complementa con una relación histórica o mítica de los hechos. En este sentido, el análisis componencial de la palabra se amplía con la referencia extra-lingüística.

Este nombre *mexicatli*, se decía antiguamente *mecitli*, componiéndose de *me*, por el maguey, y de *citli* por la liebre... y la causa del nombre, según lo cuentan los viejos, es que, cuando vinieron los mexicanos a estas partes, traían a un caudillo y señor, que se llamaba *mecitli*, al cual luego después que nació, le llamaron *citli*, liebre, porque en lugar de cuna lo criaron, en una penca grande de maguey; de ahí adelante, llamóse *mecitli*, como quien dice hombre criado en aquella penca del maguey.¹⁵

Asimismo explica del vocablo *cuacuatatl*:

La causa de llamarse *cuata* cuando es uno y *cuacuatat* cuando son muchos, es porque siempre traían la cabeza ceñida con la honda; por lo cual el vocablo se dice *cua* por abreviatura, que quiere decir *cuaitl* que es la cabeza y *ta*, que quiere decir *cuatatl*, hombre que tiene la honda en la cabeza por guirnalda.¹⁶

Sahagún mediante este análisis lingüístico, pone al descubierto la estructura aglutinante del náhuatl y también su profundo conocimiento de ella. De esta forma, a lo largo del *Florentino* es común encontrar referencias sobre la composición morfofonémica de las voces mexicas.

La adopción de las voces nahuas en el castellano del siglo XVI

Otro de los fenómenos frecuentes que se presenta en este texto es la infiltración de voces nahuas en la explicación castellana del concepto.

¹⁴ *Ibid.*, Lib. 11, fol. 6, p. 160 anv.

¹⁵ *Ibid.*, Lib. 10, fol. 139, p. 141 anv.

¹⁶ *Ibid.*, Lib. 10, fol. 131, p. 133 anv.

Por ejemplo, al mencionar los alimentos que acostumbraban los señores y principales, comenta:

También comían muchas maneras de cazuelas: una de ellas se llama *totoñ patzcalmollo* q.d. cazuela de gallina, hecha a su modo con *chilli* bermejo, y con *tomates* y pepitas de calabaza molidas, que se llaman agora pipian.¹⁷

Resulta importante destacar aquí que la penetración de indigenismos en el español se llevó a cabo desde el primer contacto entre la gente del Nuevo y Viejo Mundo. Ya el diccionario de Nebrija (1492) incluía la voz caribeña *canoa* y sabemos, por diversas fuentes, que una cantidad considerable de términos indígenas pasaron a integrarse al vocabulario del español desde el siglo xvi. Miguel León-Portilla, por su parte, señala que la incorporación de nahuatlismos al castellano de España se puede registrar en siete momentos diferentes que abarcan, desde la Conquista, hasta nuestros días.¹⁸

A pesar de que los españoles tuvieron que adoptar un buen número de voces nativas que resultaban imprescindibles para la denominación de objetos y conceptos en su mayoría ajenos a ellos, en ocasiones, se mostraron renuentes a aceptarlas, e incluso, según se observa en el *Florentino*, llegaron a aplicar nombres castellanos a realidades específicas del mundo americano:

Hay en esta tierra —dice Sahagún— un animal que se llama *coyotl*, al cual algunos españoles le llaman zorro y otros le llaman lobo.¹⁹

Amado Alonso señala al respecto que este fenómeno puede explicarse “no sólo como un compromiso” de nominación sino como una forma de plasmar y fijar su propia experiencia.²⁰

Los fenómenos semánticos más frecuentes en la explicación castellana de objetos y conceptos nahuas

En la obra sahadunense es común encontrar referencias sobre el proceso de denominación por medio del cual un vocablo nahua puede

¹⁷ *Ibid.*, Lib. 8, fol. 23, p. 273 anv.

¹⁸ Miguel León-Portilla, “Otro testimonio de aculturación hispano-indígena: Los nahuatlismos en el castellano de España”. *Revista española de antropología americana*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1981, p. 224.

¹⁹ Sahagún, *op. cit.*, Lib. 11, fol. 7, p. 161 anv.

²⁰ Amado Alonso, *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*, Madrid, Editorial Gredos, 1967, p. 36.

proceder tanto de una motivación exoglótica —generada fuera del sistema lingüístico— como de una motivación endoglótica —derivada del propio sistema—. En la primera clase de motivación, la forma fónica reproduce el ruido emitido por cierto objeto o animal. La designación queda, entonces, relacionada con las peculiaridades acústicas del elemento nombrado. Éste es el caso del ave *cohuixin*²¹ que debe este nombre a su propio canto “cohuixi, cohuix”, o del *cuilachtotol*²² que despliega su vuelo cantando “cuitlacoeh, cuitlacoeh, tarati, tarati”. En este sentido, se establece una relación indisoluble entre la cosa significada y la forma significante fuera del signo lingüístico.

También se encuentran casos de motivación morfológica, originada en el propio sistema de la lengua; la composición de un vocablo se establece aquí mediante los morfemas existentes. Esta forma de denominación es quizá el procedimiento más frecuente con que cuentan las lenguas para la creación de vocablos y el *Florentino* es una rica muestra de ello. Veamos un ejemplo:

Será también esta obra muy oportuna para darles a entender el valor de la criatura: para que no les atribuyan divinidad: porque a cualquier criatura, que veían ser eminente en bien o en mal, la llamaron *teutil* que quiere decir dios; de manera que al sol le llamaban *teutil* por su lindeza; al mar, también por su grandeza... de donde se infiere que este nombre *teutil* se toma en buena o mala parte. Otros muchos vocablos se componen de esta misma manera; de la significación de los cuales se puede conjeturar que este vocablo *teutil* quiere decir: cosa extremada en bien o en mal.²³

La integración formal de una palabra se realiza, según se observa, yuxtaponiendo morfemas que conservan su sentido primario; de esta forma, al entrar en composición estos elementos significativos, se crea un vocablo que designa o proporciona otra connotación de un determinado concepto.

Otro fenómeno semántico, relacionado con el proceso de denominación, es el que se refiere a la transferencia de nombre por semejanza de sentidos. En estos casos, un vocablo es aplicado a un objeto o realidad específica debido a la similitud que guarda con otro elemento. En el texto de Sahagún la transferencia más común es de carácter “afectivo”, es decir, se relaciona un sentimiento o una característica

²¹ Sahagún, *op. cit.*, Lib. 11, fol. 34, p. 188 rev.

²² *Ibid.*, Lib. 11, fol. 55, p. 207 rev.

²³ *Ibid.*, Prólogo al Lib. 11, fol. 152 rev.

festiva a una persona o cosa que comparte esa peculiaridad. Al referirse al *pezotli* advierte:

(Hay) otro animalejo que se llama *pezotli*, como si dijese glotón, porque de todas cosas come y siempre come, nunca se harta y de aquí se tiene costumbre de llamar *pezotli* al que come mucho y nunca se harta siempre anda comiendo, adonde va ve alguna cosa de comer y luego arremete a comerla.²⁴

Asimismo, al hacer mención sobre los ratones, llamados en lengua náhuatl *quimichin*, agrega:

Todo lo roen y destruyen y hurtan las piedras preciosas y escóndenlas en sus agujeros, no dejan cosa que no destruyan por muy guardada que esté. De aquí tomaron nombre los que espían y escuchan lo que se dice y hace en otras casas para irlo a decir en otra parte; a éstos llaman *quimichin* o ratones.²⁵

La riqueza sinonímica de los préstamos nahuas en el Florentino

Uno de los aspectos que asombra más desde el punto de vista lingüístico en este amplio trabajo del siglo xvi es el de su riqueza terminológica. En este sentido, es común encontrar dos o más sinónimos (en ocasiones hasta diez como, por ejemplo, para denominar a Tezcatlipoca) para un mismo referente. Al respecto señala el propio Sahagún en el prólogo al libro 7:

Otra cosa hay en la lengua que también dará degusto al que la entendiere, y es que de una cosa van muchos nombres sinónimos y una manera de decir o una sentencia va dicha de muchas maneras. Esto se hizo a posta por saber y escribir todos los vocablos de cada cosa, y todas las maneras de decir cada sentencia; y esto no solamente en este libro pero en toda la obra.²⁶

De esta forma, para nombrar a *Xiuhtecuhtli*, dios del fuego, se emplean tres términos: "el uno *ixcozauhqui* que quiere decir cara amarilla y el otro es *cuezaltzin* que quiere decir llama de fuego. También se llamaba *Huehueteotl*, que quiere decir dios antiguo".²⁷

²⁴ *Ibid.*, Lib. 11, fol. 11, p. 165 anv.

²⁵ *Ibid.*, Lib. 11, fol. 18, p. 172 rev.

²⁶ *Ibid.*, Prólogo al libro 7.

²⁷ *Ibid.*, Lib. 1, fol. 10, p. 22 anv.

Asimismo al ave *cuauhtotopochtli* se le conoce como “*cuauhchochopilli* que quiere decir pica los árboles y como *cuauhtatalla*, que quiere decir que golpea los árboles.”²⁸

Sin embargo, en ocasiones las definiciones de los sinónimos no se presentan de manera sistemática; Sahagún enumera las diversas denominaciones empleadas para un mismo referente pero no proporciona, por igual, la explicación de cada uno de los términos; por ejemplo:

Ay otro animalejo que llaman *mapachitli* y también le llaman *cihuatlamacazqui* y también se llama *ilamaton* que quiere decir viejecilla.²⁹

A pesar de que esta obra se caracteriza, en general, por su riqueza sinonímica, resulta importante advertir que en algunos de los rubros temáticos la cantidad de estos elementos es muy significativa. En este sentido, los campos semánticos de la divinidad, de la flora y de la fauna se ven notablemente poblados de sinónimos y esto quizá se deba a las diferentes características que observaban en ellos.

La visión hispana de Sahagún ante el mundo indígena

Fray Bernardino introdujo, en numerosas ocasiones, el relato de sus experiencias y reflexiones personales sobre el concepto indígena que analizaba; de esta forma, las definiciones resultan interesantes no sólo por la enumeración de las características que conforman un elemento sino por las referencias extrasemánticas que la acompañan.

Así es frecuente que el fraile proporcione su parecer sobre el sabor de la raíz *zacataztli* que “es redonda, pequeña como grano de maíz y sabrosa”,³⁰ o bien sobre el peculiar aspecto de algunos árboles como el *nopalli* “que es monstruoso”,³¹ o sobre los milagrosos efectos de ciertas plantas o piedras medicinales como la llamada *ezteti* que según nuestro autor:

Es parda y sembrada de muchas gotitas de colorado como de sangre. Esta piedra tiene la virtud de restañar la sangre que sale de las narices. Yo tengo experiencia de la virtud de esta piedra porque tengo una tan grande como un puño.³²

²⁸ *Ibid.*, Lib. 11, fol. 50, p. 202 anv.

²⁹ *Ibid.*, Lib. 11, fol. 10, p. 164 anv.

³⁰ *Ibid.*, Lib. 11, fol. 129, p. 281 anv.

³¹ *Ibid.*, Lib. 11, fol. 125, p. 277 anv.

³² *Ibid.*, Lib. 11, fol. 209, p. 361 anv.

También introduce en varios pasajes su opinión respecto a los “primores” de la lengua mexicana e incluso proporciona varios señalamientos estructurales y léxicos para realzar tal afirmación.

Por supuesto que el interés cultural y lingüístico del fraile estuvo particularmente dirigido al culto religioso de los naturales. Generalmente Sahagún al referirse a los dioses mexicas —o como los llama él, “diablos” o “demonios” establece una relación con la mitología griega, después enumera las propiedades de cada uno de ellos y finalmente advierte —desde su perspectiva cristiana— la necesidad de enderezar el culto a un único y verdadero Dios.

Como se ha podido observar a través de esta breve referencia, la versión castellana del *Códice Florentino*, además de ser un importante documento histórico-lingüístico sobre el México antiguo, constituye un valioso testimonio sobre la visión hispana de un universo diferente, de una realidad distinta que despertó, en los españoles, asombro y admiración.

